

LA BIBLIOTECA DE FERNANDO VILLALÓN

FRANCISCO JAVIER DÍEZ DE REVENGA
Universidad de Murcia

Volver sobre un poeta tan valioso como Fernando Villalón supone descubrir nuevas perspectivas sobre su obra poética y sobre su significación en la historia de la poesía española del siglo xx. Cualquier nueva aproximación a su mundo supone la posibilidad de alumbrar aspectos desconocidos que contribuyen a entender mejor su poesía. Y por eso saber qué libros poseyó o coleccionó, qué obras fueron objeto de su lectura y cómo estas influyeron en su propia creación poética resulta ser un ejercicio de investigación literaria saludable y aleccionador.

Casi mil volúmenes constituyen la biblioteca que poseyó Fernando Villalón, poeta y hombre de campo, nacido en Sevilla en 1881, y autor, en su madurez, de tres libros fundamentales en la lírica de los años áureos de la mejor promoción poética del siglo xx, a la que Villalón perteneció si atendemos a la fecha de la publicación de sus libros poéticos: *Andalucía la Baja* (1926), *La Toriada* (1928) y *Romances del 800* (1929). Tras su muerte, en Madrid en 1930, la biblioteca permaneció, en la capital de España, en manos de sus familiares, y pudo ser, entre 1977 y 1980, allí consultada, inventariada y catalogada por el hispanista francés Jacques Issorel, cuando escribía su tesis doctoral *Fernando Villalón ou la rebellion de l'automne. Un poète andalou de la génération de 1927*, publicada en 1988. Hoy día se desconoce el paradero de esta valiosa biblioteca, tal como se indica en una nota añadida de mayo de 2021, que figura en el libro que comentamos, *La biblioteca de Fernando Villalón. Hombre de campo y poeta*, que han preparado Issorel y el bibliotecario de Morón de la Frontera Juan Diego Mata Marchena y edita Espuela de Plata en Sevilla.¹

El volumen contiene el catálogo-inventario de todos y cada uno de los libros y revistas que componen la biblioteca, completado con útiles índices onomástico, de materias, de fechas de edición, revistas y suplementos, obras dedicadas y anotaciones de Villalón en algunos volúmenes además de dos anexos documentales de extraordinario interés, así como una serie de iluminadores gráficos estadísticos.

¹ Jacques Issorel-Juan Diego Mata Marchena, *La biblioteca de Fernando Villalón. Hombre de campo y poeta*, Sevilla, Renacimiento, Espuela de Plata, 2022, 264 págs.

Precede al catálogo una introducción o estudio preliminar compuesto del texto de seis capítulos pertenecientes al original de la tesis de Issorel, hasta ahora inéditos, traducidos al español para esta edición por María del Carmen Ponce Issorel, en los que se analiza la trayectoria o la biografía de esta biblioteca, desde Sevilla a Madrid, se elabora una semblanza de Fernando Villalón lector, se ofrece un análisis de las relaciones de sus libros con la propia obra y se establece, por último, el valor intrínseco de la biblioteca. Juan Diego Mata Marchena se ocupa, en sus dos capítulos de esta introducción, el séptimo y el octavo, de una serie de enjundiosos apuntes complementarios y de la nota a la edición del catálogo, en una investigación actual desde una perspectiva bibliotecaria.

En relación con los mencionados apuntes complementarios, hay que destacar que formalizan una estimación de la biblioteca muy completa, ya que en este capítulo se reseñan la conservación de los libros escolares de Villalón o los heredados de su biblioteca paterna, con referencias a las obras de carácter filosófico o a las impresas en otras lenguas, los diccionarios, la significación de los libros de los siglos XVI, XVII y sobre todo XVIII, sin olvidar la presencia de los clásicos españoles (Fray Luis de León, San Juan de la Cruz, Garcilaso, Góngora, Fray Luis de Granada o Gracián) o la de aquellos escritores de los que se conservan más volúmenes: Wenceslao Fernández Flórez, Pérez de Ayala, Pío Baroja, Blasco Ibáñez, Valle Inclán o Julio Verne, posiblemente lectura de su infancia o adolescencia.

Desde luego, el interés de un libro como este, con su catálogo incluido, es de una relevancia extraordinaria por la multitud de datos que facilita para conocer mejor a su propietario, sobre todo si se trata de un poeta tan inmenso como Villalón, muy relacionado, tanto por la fecha de sus libros como por la amistad, en los poetas de la generación del 27 o como queramos llamarla, la joven literatura o la promoción poética más importante del siglo pasado en España, como antes se señaló. Aunque era de mayor edad que ellos, compartió aventuras y fotografías con todos, publicó en sus editoriales, colaboró en las revistas canónicas del grupo e intercambió libros con sus poetas principales.

Issorel supone que la biblioteca que él mismo pudo inventariar en Madrid no era ya una biblioteca completa, y con toda probabilidad habrían desaparecido algunos de sus libros, fundamentales para entender el mundo de la amistad de Villalón y sus relaciones, documentadas, con sus contemporáneos. Y se pregunta por la ausencia de dos significativos libros: la edición de 1928 de *Cántico*, de Jorge Guillén, y la edición, también de 1928, de *Ámbito* de Vicente Aleixandre, ya que se sabe que ambos libros los leyó Villalón, como documenta bien Issorel.

En este sentido, es muy iluminador descubrir en el catálogo los libros que Villalón poseía de sus amigos, los poetas de la joven literatura. De Pedro Salinas, se catalogan

tres libros: *Presagios* (1923), *Seguro azar* (1929) y *Víspera del gozo* (1926), con alguna peculiaridad interesante: *Seguro azar* está dedicado a Villalón, “poeta y amigo con un saludo”, por Salinas; pero *Víspera del gozo* está dedicado a Luis Cernuda, también por don Pedro, “con la estima y amistad de Salinas”. Posiblemente, se trata de un préstamo no devuelto o acaso Cernuda se lo regaló a Villalón a raíz de algún enfado con su profesor en la Universidad de Sevilla. Nunca lo sabremos.

De Guillén no se conserva nada, pero sí hay tres volúmenes de Gerardo Diego: la *Antología en honor de Góngora* (1927), *Manual de espumas* (1924), y *Versos humanos* (1925). Ninguno está dedicado, y en el catálogo figura el precio de cada uno de los tres. No hay libros de Vicente Aleixandre y ha llamado la atención de Issorel que de García Lorca solo se conserva un volumen: la segunda edición de *Primer romancero gitano* (1929), aunque también se cataloga la 5ª edición, la de Espasa-Calpe, del *Romancero*, dedicada a la Argentinita.

De Dámaso Alonso se catalogan tres obras: la edición de *Poemas puros, poemillas de la ciudad* (1921) y dos separatas de la *Revista de Filología Española: Temas gongorinos y Un centón de versos de Góngora* (ambas de 1927). De Emilio Prados se catalogan sus dos libros primeros: *Tiempo. Veinte poemas en verso* (1925) y *Vuelta* (1927), este último con dedicatoria a Villalón, “con afecto”. Y de Luis Cernuda solo su primer libro, *Perfil del aire* (1927), del mismo modo dedicado “muy amistosamente” a Villalón.

A Issorel también le sorprende que de Alberti tan solo se inventaría un volumen, *La amante. Canciones* (1925), igualmente dedicado por “su verdadero amigo”, cuando entre 1924 y 1929 publicó otros cuatro libros: *Marinero en tierra, El alba del alhelí, Cal y canto y Sobre los ángeles*. Y, por último, de Manuel Altolaguirre, se catalogan dos volúmenes: *Las islas invitadas y otros poemas* (1926) y *Ejemplo. Poemas* (1927), ambos dedicados: “su amigo” y “con un abrazo”.

Es interesante observar, tras estas referencias, las fechas de publicación de los libros que figuran en la biblioteca, entre 1921 y 1929, pero sobre todo hay libros de 1925, 1926 y 1927, los años del comienzo, coincidiendo con el centenario de Góngora, de ese fulgurante movimiento de amistad y de renovación de la poesía que tantas veces se ha relatado, y en el que los libros de Villalón encajan por sus fechas con tanta nitidez, aunque, de sus obras, están ausentes de su biblioteca *Andalucía la Baja y Romances del 800*, ya que solo se cataloga *La Toriada*.

No estaría completa esta referencia a la amistad de esta generación con Fernando Villalón si no aludiésemos a la presencia de otros escritores de la época en la biblioteca: así, con cuatro libros, figura José Bergamín; con tres, Felipe Cortines Murube, José María Hinojosa, Antonio Espina y Antonio Marichalar; con dos, Rogelio Buendía y Juan Chabás; y con uno, Mauricio Bacarisse, Alejandro Collantes

de Terán, Pedro Garfias, Benjamín Jarnés, José Moreno Villa y Guillermo de Torre. Lo que parece indudable, en todo caso, es que Villalón estaba plenamente integrado en las aventuras innovadoras que revolucionaron la poesía española del siglo xx, entre vanguardia y tradición. Y en este sentido no puede sorprender la presencia en la biblioteca de la edición de *Poesías líricas* de Lope de Vega, que José F. Montesinos realizó para Clásicos Castellanos de La Lectura (1926), una edición que tanto supuso para entender la devoción por el Fénix de los poetas de esa generación y su influencia indudable en la recuperación de la canción popular de tipo tradicional y del romance castellano, cultivado tan espléndidamente por García Lorca, Gerardo Diego, Alberti, Guillén y, por supuesto, Fernando Villalón.